

CLAUDIA VELASCO

CARPE DIEM,
Juliet



CARPE DIEM

Loc. lat.; literalmente «coge el día».

- 1. m. Exhortación a aprovechar el presente ante la constancia de la fugacidad del tiempo.*

Real Academia Española de la Lengua

PRIMERA PARTE
JULIET

Juliet es un nombre latino, proviene de la *gens romana* Julia, y significa «de fuerte raíz». Eso es lo que se explica en los libros dedicados a la onomástica, y en la Wikipedia, y se lo habían dicho alguna vez un profesor e, incluso, un médico aficionado al estudio de los nombres.

Un nombre un poco pasado de moda, pero un clásico, un nombre como cualquier otro, el nombre elegido por William Shakespeare para crear a su protagonista femenina más romántica, Julieta Capuleto. Una chica con demasiada pasión y mucha mala suerte en el amor, para qué lo vamos a negar, así que a ella el nombre le pegaba de maravilla.

A punto de cumplir los treinta y dos, Juliet Miller, nacida en Gibraltar, pero residente en Londres desde los cuatro años, era perfectamente consciente de que su vida sentimental no iba a remontar nunca. En lo referente al amor verdadero y a todas esas quimeras que ella venía idealizando desde que tenía uso de razón, la cosa le iba fatal. Como la Julieta de Shakespeare, se enamoraba con constancia, tenacidad y entrega, pero, a diferencia de la Capuleto, a ella nunca la habían correspondido ni la habían amado con locura, mucho menos habían muerto de amor por ella, y esa

realidad pesaba, sin embargo, había aprendido a convivir con esa sensación de vacío y frustración constante, ya se había resignado a que el amor con mayúsculas le pasaba a otras personas, lo vivían otros más afortunados y que, al final, seamos sinceros, tampoco era para tanto.

Su vida, pues, se limitaba a un trabajo estupendo que hacía de maravilla y le gustaba muchísimo, a sus aficiones, a las que se dedicaba con pasión y minuciosidad casi científica, a sus pocos amigos, a sus paseos en soledad por Londres, y por todo el mundo, y a su gato Romeo, por supuesto, que era el verdadero amor de su vida.

Como podemos ver, Juliet no era una heroína romántica oficial, pero sí lo era de corazón y de espíritu. Una personalidad elegante y sutil, amorosa, que no había tenido la suerte de poder experimentar aún el romance que se merecía, pero que esa mañana, cuando empieza esta historia, el día en que su amor eterno, al que ella llamaba en privado y en público LOML —*Love Of My Life*—, el tipo al que había dedicado atención, energía, trabajo, esperanzas, al que había dado alas y ayudado en todo lo imaginable desde que se habían conocido, le había hecho llegar su primer libro que dedicaba, en la primera página y con letras grandes, a una tal Carola, todo había explotado, había saltado por los aires haciéndola salir de un sueño pesado y profundo que nunca la había conducido a ninguna parte, que la había lastrado durante años y, AL FIN, había despertado.

El golpe de realidad había sido muy duro, jamás podría olvidar esa sensación de estupidez absoluta, de tiempo desperdiciado, de desamor y frustración leyendo aquella dedicatoria. Jamás podría olvidar a la tal Carola, de la que LOML nunca le había hablado, pero a la que ahora llamaba con naturalidad «mi pareja», y se había querido morir. Se había culpado de todo, de ser idiota, de dar sin pensar más de lo necesario, de hacer el ridículo; no obstan-

te, a las pocas horas y como siempre, se había consolado sola, se había levantado y limpiado el polvo para seguir adelante un poco más solitaria que antes, pero con la dignidad intacta, porque ese tío podía tener «pareja» a la que dedicar libros y con la que ser muy feliz, pero no la tendría más a ella, y eso sí que era una pérdida irreparable.

Él lo sabía, ella lo sabía, todo el mundo lo sabía, incluso la afortunada Carola llegaría a saberlo. Sin ella y sin su apoyo, sin su admiración y amor potente y constante rondándolo, él estaría bastante más solo, sería bastante más inútil y menos brillante, y aquella certeza le proporcionaba un consuelo inconmensurable.

Olvidarse para siempre de LOML era lo mejor que le podía pasar, sin él, tenía un montón de capítulos en blanco por empezar y, aunque ella aún no lo sabía, era exactamente lo que estaba a punto de suceder.

1

—¿Sabes cuántos alumnos entran cada año en la Escuela de Teatro del Real Conservatorio de Glasgow?, ¿no? Yo te lo voy a decir, veintitrés, aunque se presentan más de doscientos aspirantes. ¿En la Royal Central School of Speech and Drama de Londres?, ¿en la Academia Estadounidense de Arte Dramático de Nueva York, la Academia de Arte Dramático de Estocolmo o en la Universidad de las Artes de Corea?, ¿lo sabes?

Iona McCameron se puso de pie y Juliet contuvo la respiración porque cuando su jefa, que era la representante de actrices y actores más famosa del Reino Unido, se levantaba de una mesa y se dirigía a alguien en ese tono, podía pasar cualquier cosa, cualquier cosa, principalmente, mala, y tragó saliva mirando su teléfono móvil.

—Lo sé... —masculló el chico que tenía delante, que era tan guapo como inseguro, y Iona se le acercó poniéndose las manos en las caderas.

Juliet miró de reojo a Fabio, su compañero de fatigas, y le vio tan preocupado como ella.

—Y si lo sabes, ¿cómo coño osas presentarte aquí diciendo que te importa un carajo la formación porque tú eres un actor nato que no necesita de esas mierdas?

—Mi mentor dice...

—¿Tu mentor dice...?, ¿qué dice?

—Que las escuelas de teatro estropean y coartan el talento y que el mío es demasiado evidente como para...

—¿Para rebajarte a estudiar arte dramático?

—Solo quiero hacer cine y televisión, John Wayne o Cary Grant nunca habían pisado una escuela de teatro hasta que...

—Joder, macho, este tío es muy cortito —soltó Iona con su fuerte acento escocés y se giró hacia Juliet y Fabio muerta de la risa.

Ninguno se atrevió a decir nada, casi ni a mirarla a los ojos, y, finalmente, ella se pensó mejor eso de seguir martirizando al pobre chaval con aspiraciones a estrella de cine, parpadeó, se tocó el collar de esmeraldas que llevaba puesto y se volvió hacia él respirando hondo.

—Te he recibido personalmente, Saxon, porque Robert Burton me lo pidió de rodillas jurándome que me ibas a encandilar con tu percha. Sin embargo, a mí tu percha me la trae el paio, para mí no es suficiente si no tiene un fondo sólido detrás. Yo jamás mandaré a una audición a una actriz o a un actor sin formación.

—Bueno...

—Si existen las escuelas de teatro es, precisamente, para cribar entre la morralla, encontrar talento y luego formarlo. Yo las respeto y es lo mínimo que exijo a mis representados, respeto por su trabajo y por la dura formación que conlleva. Un poquito de esfuerzo, por el amor de Dios. Lo siento, pero no puedo trabajar contigo, búscate otro agente, otro al que le valgan tu cuerpo perfecto y tu cara perfecta, o estudia, prepárate y dentro de tres años

vienes a verme. —Le dio la espalda y miró a Fabio—. Cielo, ¿qué tenemos ahora?

—Adiós, señorita McCameron.

Se despidió el pobre chico casi temblando, pero mirándola con todo el desprecio que pudo reunir, e Iona lo ignoró hasta que se volvió para seguirlo con los ojos.

—Y que sepas que Cary Grant se había pateado medio Reino Unido con una compañía de teatro callejero antes de pisar Hollywood y conseguir que Mae West se fijara en él. No sueltes todas las chorradas que escuches por ahí, Saxon, los chicos guapos sin cerebro pasaron de moda hace tiempo.

Juliet se quiso morir de la vergüenza y se levantó de la silla mirando el suelo, con esa sensación de bochorno total que algunas veces le provocaba su jefa, que era la mejor en su trabajo y una persona a la que ella apreciaba sinceramente, pero que a veces resultaba imposible justificar. Recogió sus cosas y sintió la mano de Fabio en el cuello.

—¿Cómo se le ocurre presentarse aquí y decir que no le hace falta estudiar arte dramático? ¿Robert está chalado? —susurró sacándola al pasillo y Juliet asintió—. Primera frase, primera cagada; ante eso no le iba a dar ni la más mínima oportunidad, pobre chaval.

—Es incomprensible, no sé cómo no se lo ha advertido. Luego lo llamo y se lo explico.

—No hace falta, pasa de Robert Burton, Juliet, cada día se los busca más jóvenes y más gilipollas. La culpa es suya si no tiene criterio para saber a quién promete convertir en la próxima estrella de Netflix —espetó Iona adelantándola por la derecha, metiéndose en la conversación de repente, como siempre, porque no había nada que pasara, se hablara o se comentara en su oficina que no le interesara.

Fabio se despidió para caminar con prisas detrás ella que iba directa hacia su elegante despacho de la segunda planta.

Juliet los observó un segundo y luego llegó a su propio despacho mirando a Andrea, su ayudante, con cara de hastío total. Se acercó a su mesa y se desplomó en su butaca buscando el número de teléfono de Robert Burton, que era un director de reparto fantástico y un buen amigo, para explicarle lo que había pasado con su recomendado, que había metido la pata nada más dar los buenos días.

—Han llamado dos veces de Pinewood, Raven sigue sin aparecer.

—¿Perdona? —Levantó la cabeza para mirar a Andrea y ella se encogió de hombros—. Raven Lee Westings. Llegó anoche de Los Ángeles, pero hoy no se ha presentado en el rodaje. Ni ella ni su ayudante contestan al teléfono.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque acabo de enterarme y tú estabas liada con ese chico... Por cierto, ¿cómo le ha ido?

—Fatal, Iona le pidió que nos hablara de su formación y nos soltó que pasaba de las escuelas de arte dramático. Casi se lo come, ya sabes cómo es de sensible con el tema. ¿Quién te ha llamado del rodaje?

—Susan, una de las productoras, y Rachel Newman, la ayudante del director, estaban que se subían por las paredes.

—No me extraña, pierden mucha pasta si la estrella empieza desde el primer día a retrasar el trabajo.

Agarró el teléfono fijo y llamó directamente al hotel Ritz, donde Raven Lee Westings había pedido alojarse. Marcó la extensión de Elis, la jefa del departamento de relaciones públicas del hotel, y le preguntó por su actriz. Ella le confirmó que estaba allí, encerrada en la *suite* de Arlington con su asistente, y le aseguró que había dado órdenes estrictas de que no se la molestara, algo

con lo que Juliet ya contaba, pero que pretendía saltarse a la torera como siempre.

—Por favor, conéctame con la *suite* Arlington, hay cuarenta personas esperando a Raven en los estudios Pinewood y tengo que despertarla.

—Juliet, en serio...

—Yo asumo toda la responsabilidad.

—Vale, espera un segundo.

—Gracias, te debo otra. —Esperó tres minutos y, enseguida, la voz somnolienta de una mujer la saludó tosiendo.

—¿Quién es?

—Soy Juliet Miller, de Shaughnessy&McCameron, necesito hablar con...

—¿Juliet?, soy Annie, la ayudante de Sarah, ¿qué tal estás?

—Annie, ¿qué tal?, ¿qué hacéis todavía en el hotel? Esperaban a Raven hace más de una hora en Pinewood. —Abrió el ordenador para revisar el plan de rodaje de esa película en particular y miró la hora—. Debía estar en la lectura de guion a las diez de la mañana, está programada desde hace un mes.

—¿Cómo dices?, ¿era hoy?

—Claro que era hoy, por eso llegasteis anoche.

—¡Joder! —exclamó con su fuerte acento estadounidense—. Joder, es el *jet lag*, lo siento mucho, nos hemos dormido. Ahora despierto a Sarah, llamo a Richard para disculparme, y nos ponemos en marcha en un santiamén. ¿Hemos perdido todo el día?

—No, igual aún se puede salvar algo. Yo me ocupo de hablar con Richard y te mando a Andrea, mi ayudante, para que os eche un cable y os acompañe al estudio. Voy a pedir un helicóptero o esta gente nos hará trocitos a todos.

—Muchas gracias, Juliet. Un abrazo.

Colgó y marcó el número del director de la película mirando a Andrea de reojo.

—Ya me has oído, vete a Ritz y ponte a disposición de Raven Lee y su ayudante, están en la *suite* de Arlington. Pide un coche, llévatelas a Battersea y yo os pediré mientras tanto un helicóptero para que os lleve hasta Buckinghamshire. No las dejes solas hasta que las veas en su camerino de Pinewood, ¿de acuerdo?

—¿Yo con Raven Lee Westings?

—¿No era que querías salir al terreno?, pues esta es tu oportunidad. No me falles. Vamos, corre.

Sonrió al verla tan emocionada y luego se concentró en hablar, primero, con la asistente del director y, después, con él directamente, para disculparse por la ausencia imperdonable de Raven y asegurarle de que estaría en el estudio lo antes posible para intentar salvar algo del primer día de rodaje.

Él despotricó a gusto y la amenazó con demandas y anulaciones de contrato antes de colgarle indignado, pero ella no se lo tuvo en cuenta, porque recibir rapapolvos y aguantar reprimendas eran el pan nuestro de cada día en su oficio, y siguió trabajando sin pausa hasta las siete de la tarde, cuando ya Raven Lee Westings llevaba horas cumpliendo en Pinewood y en su oficina no quedaba prácticamente nadie.

—Llévate una ensalada de aguacates, Juliet, dale una oportunidad.

—No me gusta el aguacate, muchas gracias, me llevo la ensalada mediterránea de siempre.

—Tengo un feta maravilloso.

—Estupendo, ponme doble ración, por favor.

Sonrió a Amadeo, el dueño de ese sitio de comida italiana para llevar que le salvaba la vida casi todas las noches, y él le guiñó un ojo antes de concentrarse en su ensalada mediterránea. Una de las

mejores ensaladas mediterráneas de Londres, pensó, reconociendo que tenía muchísima hambre porque no comía nada desde el desayuno. Desvió los ojos hacia las botellas de vino que tenía en una estantería monísima y pensó en comprar una para cenar y para tener en casa, aunque también pensó en su madre que la mataría si supiera que estaba a punto de comprar un vino italiano en lugar de comprar un buen Rioja o...

—Disculpa —dijo un hombre a su lado y ella se movió para dejarlo pasar, pero él no hizo amago de acercarse al mostrador, así que se giró un poco, levantó la vista y se encontró con unos ojos oscuros espectaculares—. Disculpa, ¿tú eres Juliet?

—Sí, ¿nos conocemos?

—¿Qué tal?, me llamo Michiel, somos vecinos —carraspeó al ver su desconcierto—. Durante el confinamiento más duro comía o cenaba con la señora Stuyvesant, con Audrey, en nuestras terrazas. Ella me hablaba muchísimo de ti, tú me sustituías cuando yo no estaba, y además le hacías la compra y...

—¡Ah, claro! —exclamó encantada de verlo por primera vez en persona, y él relajó los hombros—. Tú eres el famoso Michael.

—Michiel.

—¿Perdón?

—Audrey me llama Michael, pero en realidad me llamo Michiel.

—¿Cómo Michiel Huisman?, ¿el actor?

—Exacto, en los Países Bajos es un nombre bastante habitual, él es de Amstelveen y yo de Ámsterdam.

—Sé que es de Amstelveen, trabajo con él.

—Ah, ¿sí?

—Bueno, trabajo con su agente, es uno de los clientes de mi empresa. —Cogió su ensalada, la pagó y volvió a mirarlo a los ojos—. Pensé que ya no vivías en el edificio, Audrey me comentó que te habías marchado.

—Me marché a Holanda cuando pude trabajar *online*, pero ya estoy de vuelta y, la verdad, estoy muy preocupado por ella, alguien me ha dicho que desapareció de la noche a la mañana y que nadie ha ido a desmontar su piso o a recoger sus cosas y, bueno, ya que te veo, quería preguntarte si tú sabes algo al respecto.

—Pues...

Se quedó quieta pensando que, en realidad, hacía mucho tiempo que no sabía nada de la encantadora señora Stuyvesant, una venerable anciana de ochenta y tres años a la que había «adoptado» durante las primeras semanas del confinamiento porque le recordaba muchísimo a su abuela, y miró a su vecino, su «otro ángel de la guarda» como lo llamaba la señora Stuyvesant, sintiéndose bastante culpable.

—Madre mía, la verdad es que no sé nada. Hace mucho que no la veo porque he estado viajando y trabajando muchísimo estas últimas semanas. La última vez que hablé con ella estaba esperando a que el Ayuntamiento le mandara alguna asistencia domiciliaria y luego una de las vecinas me comentó que se había ido con un sobrino o un pariente...

—¿Un sobrino?, no tenía a nadie, ni de su familia, ni de la de su marido, por eso había pedido la asistencia domiciliaria, yo mismo la ayudé a rellenar la solicitud *online* desde *Ámsterdam*.

—Tienes razón, no tenía a nadie. Bueno, a lo mejor su asistente social decidió trasladarla a alguna residencia.

—No, lo he preguntado por correo electrónico y me han contestado que no tienen noticias de ella desde hace al menos un mes. He pedido una cita para consultarlo personalmente.

—Vaya, pues me dejas preocupada. —Se atusó el pelo—. Mi amiga Rocío empezó a visitarla por mí cuando yo volví a viajar por el trabajo y dejó de hacerlo cuando desapareció sin previo aviso, fue muy raro, pero lo dejamos pasar porque las dos dimos por

hecho que se había marchado con algún pariente, como decían los vecinos. Lo cierto es que no me detuve a pensar en los detalles.

—Misha, ¿aún no has pedido? —Una chica se le acercó por su espalda y los interrumpió agarrándolo por el brazo y dándole un beso en la mejilla. Juliet le sonrió y ella devolvió la sonrisa moviendo la cabeza.

—Llevo quince minutos esperándolo en la calle.

—Lo siento, es que necesitaba hablar con Juliet. Juliet, te presento a Laura.

—Encantada y siento haberlo entretenido.

—El que te he entretenido he sido yo, así que la culpa es mía.

—En fin, encantada de conoceros, y si averiguo algo sobre la señora Stuyvesant, te aviso, Michiel. ¿Me das un correo electrónico o...?

—Por favor, apunta mi número de teléfono y así nos comunicamos, me consta que eras la única, aparte de mí, que pasaba tiempo con ella.

—Claro, nos llamamos.

Sacó el móvil, se intercambiaron los números y luego se despidió de la pareja bastante preocupada, pensando que él tenía toda la razón porque parecía bastante improbable que una señora de ochenta y tres años, que se lamentaba a diario de no tener familia, desapareciera de la noche a la mañana para mudarse a la casa de un supuesto pariente.

Era muy, muy raro, como poco, alarmante, pero pensaba averiguar qué estaba pasando cuanto antes.
